

DESPERTAR EN LA MINA

Eran las diez de la mañana de un sábado de mayo de 1970, a esa hora yo había hecho mis deberes, que consistían en limpiar la pocilga del cerdo, echarle paja limpia y dar de comer a las gallinas. Una vez terminadas las faenas, subí a casa y desayuné.

El día era espléndido, salí a la calle, Esper estaba tranquilo y en silencio como siempre, solo se escuchaban los trinos de las golondrinas posadas sobre los cables de la luz. Me acerqué hasta la plaza y vi sentado junto a la fuente, a mi amigo Pedro.

-¡Hola Pedro!

-Que tarde sales, me respondió.

-Ya sabes que los sábados tengo unos "trabajillos".

-¿Por qué no vamos a la mina de cobre? Hace días que no vemos a los murciélagos.

-¡Vale! Pero tendremos que llevarnos linterna.

La mina de cobre era una explotación minera de la que se extraía el citado mineral, pero que fue abandonada hacia el año 1950 por su bajo rendimiento. En ella habían trabajado muy duro algunos de los vecinos del pueblo, las medidas de seguridad eran precarias, de ahí que sufrieran algún grave accidente que a punto estuvo de costarle la vida a más de uno. Todo esto hacía de la mina un lugar un tanto misterioso y a la vez atractivo para nosotros.



Subimos por la senda que va desde el pueblo, conforme avanzábamos se hacía más dificultoso el camino, pero a su vez, esas plantas que invadían el acceso estaban verdes y florecidas dando un toque de vistosidad primaveral, fortalecido por ese olor inconfundible que desprende el romero en flor, fuente interminable de alimento para las abejas que libaban el néctar de una manera desaforada.

Una vez en la explanada, donde están las dos boqueras de acceso a la mina dijo Pedro: entraremos por la grande para ver los murciélagos. Nada más entrar, alumbramos con nuestra linterna por uno de los agujeros hechos para los barrenos y allí se veía una cosa negra que sin duda alguna eran murciélagos. Pinché con un palo fino y largo, conseguí arrancar a dos de los murciélagos que cayeron medio aturdidos por la luz del día, extendimos sus alas y nos fijamos en su cara, mientras emitían unos sonidos un tanto desagradables, decidimos dejarlos en el suelo y nos adentramos hasta un ensanchamiento, que tiene una bóveda excavada en la roca, donde se observan perfectamente algunas vetas verdosas de cobre, giramos a la derecha hasta llegar casi a la salida por la otra boquera, pues ambas se comunican.

-¿Por qué no entramos en la galería de la izquierda? Le dije a Pedro.

-Está casi derrumbada, me contestó, pero me gustaría saber hasta donde llega.

-Vamos a entrar aunque sea solo un poco.

-Pero no hablemos en voz alta me respondió.

Nos adentramos, dejando tras de nosotros una pared en malas condiciones que hace de muro de contención y que cerraba en parte la entrada a esa galería. Comenzamos a caminar por los laterales, para no mojarnos con el agua que manaba de las paredes y que formaba un pequeño caudal de agua cristalina.

Sólo habíamos caminado unos cincuenta metros cuando tropecé, pues Pedro llevaba la linterna, iba delante y yo no veía bien donde pisaba. Caí de bruces y grité por el dolor que sentí en la espinilla. Ese grito resonó en la galería, enseguida comenzamos a oír un ruido de desmoronamiento, nos giramos y vimos atónitos como caían las piedras que hacían de soporte a la entrada de la galería. Instintivamente corrimos hacia el interior tropezando con algunas rocas que había por el suelo.

Cuando cesó el derrumbamiento un escalofrío recorrió nuestro cuerpo.

-Ahora ¿Qué hacemos? Le dije a Pedro.

-No se...si gritamos, pueden volver a caer más rocas.

-Pero es que nadie sabe que hemos venido aquí, le respondí con la voz entrecortada por la congoja, él tenía tres años mas que yo y eso le daba otra serenidad, aunque en el fondo el también estaba muy asustado.

-Seguro que cuando llegue la hora de comer y no aparezcamos comenzarán a buscarnos y nos encontrarán.

Decidimos sentarnos a esperar, ninguno de los dos teníamos ganas de hablar. El silencio era sepulcral, sólo roto por las gotas que caían desde el techo de la galería y que sonaban con gran nitidez cuando golpeaban en el agua estancada.

Las horas pasaban muy lentamente, decidimos acercarnos con mucho cuidado hacia donde se había producido el derrumbe, la nube de polvo había desaparecido pero no se apreciaba ningún agujero por donde se viera la luz, entonces decidimos comenzar a remover piedras para intentar salir.

Al cabo de varias horas, estábamos agotados y las manos nos dolían de tanto roce con las rocas, decidimos beber agua que estaba remansada y fresca.

-¿Por qué no descansamos un rato? Dijo Pedro, yo asentí con la cabeza. Pedro apagó la linterna y nos sentamos exhaustos sobre el montón de tierra, el cansancio pudo con nosotros y nos hizo conciliar un profundo sueño.

Entonces escuché la voz de mi madre que me decía ¡a levantar! Son las nueve y tienes que ir a la escuela, me daba miedo abrir los ojos porque no sabía si estaba soñando y me iba a despertar en mi casa o dentro de la mina, me froté las manos, no me dolían. Sentí un gran alivio y me levanté de un brinco de la cama.

Nunca había tenido tanta ilusión por ir a la escuela como aquel día. Me vestí rápidamente y desayuné sin sentarme, cogí los libros debajo del brazo y salí corriendo hacia la escuela, la maestra todavía no había llegado pero enseguida ví a Pedro que giraba la esquina y se acercaba.

-Buenos días Pedro.

-Buenos días serían, si no tuviéramos clase y pudiéramos irnos aunque fuera hasta la mina de cobre.

-A mí, cada vez me gusta menos la mina, le respondí, no sé por qué... pero hoy tengo unas ganas enormes de hacer operaciones, algún dictado o...casi mejor, una redacción.

Su cara de sorpresa denotaba no entender nada.

Jesús TORRALBA MARCO